HOMILÍA SOBRE LAS BUENAS OBRAS

Catálogo de Títulos Cortos 13675. Textos electrónicos del Renacimiento 1.1.
copyright 1994 Ian Lancashire (ed.) Universidad de Toronto

UNA SERMÓN SOBRE LAS BUENAS OBRAS ANEXAS A LA FE

No se pueden hacer buenas obras sin fe. En el último sermón se os declaró cuál es la verdadera fe de un cristiano, que hace que el hombre no esté ocioso, sino que se ocupe en realizar buenas obras, según la ocasión. Ahora, por la gracia de Dios, se declarará la segunda cosa que antes se señaló de la fe, que sin ella no se puede hacer ninguna obra buena, aceptable y agradable para Dios. Porque como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo (dice nuestro Salvador Cristo) si no permanece en la Vid, así no podéis vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos; el que permanece en mí, y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer (Juan 15:4-5). Y S. Pablo demuestra que el eunuco tenía fe, porque agradaba a Dios. Porque sin fe (dice él) no es posible agradar a Dios (Hebreos 11:6). Y también a los romanos les dice que cualquier obra que se haga sin fe, es pecado (Romanos 14:23). La fe da vida al alma, y están tan muertos para Dios los que carecen de fe, como lo están para el mundo, aquellos cuyos cuerpos carecen de alma. Sin la fe, todo lo que es hecho por nosotros no es más que muerte ante Dios, aunque parezca que nunca se ha hecho obra tan alegre y gloriosa ante el hombre. Así como el cuadro pintado no es más que una representación muerta de la cosa en sí misma, y no tiene vida, ni ninguna forma de motivación, así son las obras de todas las personas infieles ante Dios. Parecen ser obras de verdad, y en realidad no son más que algo muerto, que no se acerca a la vida eterna. No son más que sombras y muestras de cosas buenas y lindas, y no son cosas buenas y lindas en realidad. Porque la verdadera fe da vida a las obras, y de esa fe surgen las obras buenas, que son muy buenas, y sin fe ninguna obra es buena ante Dios, como dice San Agustín (Enarratio in Psalm. 31 2, 4 [PL 36.259]). No debemos dejar que las buenas obras se antepongan a la fe, ni pensar que antes de la fe un hombre pueda hacer alguna obra buena; porque tales obras, aunque parezcan dignas de admiración a los hombres, en realidad no son más que vanas, y no están permitidas ante Dios. Son como el curso de un Caballo que corre fuera del camino, que toma gran trabajo, pero sin propósito. Por lo tanto, que ningún hombre (dice él) cuente con sus buenas obras antes que con su fe: Donde no hubo fe, no hubo buenas obras. La intención (dice él) hace las buenas obras, pero la fe debe guiar y ordenar la intención del hombre. Y Cristo dice: "pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas" (Mateo 6.23). El ojo significa la intención (dice S. Agustín) con la que un hombre hace una cosa. Así que el que no hace sus buenas obras con una intención piadosa, y una verdadera fe, y por amor: todo el cuerpo además de (es decir) todo el número de sus obras, está en obscuridad, y no hay luz en ellas. Porque las buenas obras no se miden por los hechos en sí mismos, para hacer distinción de los vicios, sino por los fines e intenciones por los que se hicieron. Si un pagano viste al desnudo, alimenta al hambriento y hace otras obras similares, pero como no las hace de buena gana, por el honor y el amor de Dios, no son más que obras muertas, vanas e infructuosas para él. La fe es lo que encomienda la obra a DIOS: porque (como dice San Agustín) quieras o no, esa obra

que no proviene de la fe, es nada: donde la fe de Cristo no es el fundamento, no hay obra buena, ni edificio que construyamos. Hay una obra, en la cual se encuentran todas las buenas obras, esta es la fe, que obra por la caridad: si la tienes, tienes la base de todas las buenas obras. Porque las virtudes de la fuerza, la sabiduría, la templanza y la justicia se refieren a esta misma fe. Sin esta fe no las tenemos, sino sólo los nombres y las sombras de ellas (como dice San Agustín). Toda la vida de los que carecen de la verdadera fe es pecado, y nada es bueno sin ella, que es la autora de la bondad: donde ella no está, no hay más que una virtud débil, aunque sea en las mejores obras. Y S. Agustín, declarando este verso del Salmo, La tórtola ha encontrado un nido donde puede guardar sus polluelos, dice que los judíos, herejes y paganos hacen buenas obras, cubren al desnudo, alimentan al pobre y hacen otras buenas obras de misericordia; pero como no se hacen en la verdadera fe, los polluelos se pierden. Pero si permanecen en la fe, entonces la fe es el nido y la salvaguarda de sus polluelos, es decir, la salvaguarda de sus buenas obras, para que la recompensa de ellas no se pierda. Y este asunto (que San Agustín discute ampliamente en muchos libros) (Ambrosiaster, De Vocatione Gentium 1, 3 [PL 17.1078], De vocatione gentium, lib.cap.). San Ambrosio concluye en pocas palabras diciendo: Aquel que por naturaleza quiere resistir el vicio, ya sea por voluntad natural o por la razón, hace en vano el tiempo de esta vida y no alcanza las verdaderas virtudes: porque sin el culto al verdadero Dios, lo que parece ser verdad, es vicio. Y, sin embargo, San Crisóstomo escribe muy claramente a este propósito, (Pseudo-Crisóstomo, De Fide et Lege Naturae 1 [PG 48. 1081-82], In sermone de fide, lege, & spiritu sancto). Encontrarás a muchos que no tienen la verdadera fe, y no son del rebaño de Cristo, y sin embargo (como parece) florecen en buenas obras de misericordia: los encontrarás llenos de piedad, compasión y dispuestos a la justicia, y sin embargo no tienen fruto de sus obras, porque falta la obra principal. Porque cuando los judíos le preguntaron a Cristo qué debían hacer para realizar buenas obras, él respondió: Esta es la obra de Dios, permanecer en el que él ha enviado (Juan 6.29), de modo que llamó a la fe la obra de Dios. Y según el hombre tenga fe, florecerá en buenas obras; porque la fe en sí misma está llena de buenas obras, y nada es bueno sin fe. Y por similitud, dice que los que brillan y resplandecen en buenas obras sin fe en Dios, son como los hombres muertos, que tienen tumbas piadosas y preciosas, y sin embargo, no les aporta nada. La fe no puede estar desnuda sin buenas obras, porque entonces no es verdadera fe; y cuando ella es examinada, sin embargo, es sobre las obras. Porque así como los hombres que son verdaderamente hombres, primero tienen vida, y después son alimentados, así nuestra fe en Cristo debe ir antes, y después ser alimentada con buenas obras. Y la vida no puede ser sin alimento, pero donde hay alimento no se puede estar sin vida. El hombre debe alimentarse con buenas obras, pero primero debe tener fe. El que hace buenas obras, pero sin fe no tiene vida. Les puedo mostrar a un hombre que por la fe, sin obras, se alimentó y llegó a la sanidad; pero sin fe, ningún hombre tuvo vida. El ladrón que fue colgado, cuando Cristo sufrió, fue librado, y el Dios más misericordioso lo justificó. Y para que nadie diga otra vez que le faltó tiempo para hacer buenas obras, pues de lo contrario las habría hecho, es cierto, y no voy a discutirlo, pero esto sí afirmaré, que la fe lo salvó por sí sola. Si hubiera vivido y no hubiera considerado la fe y sus obras, habría perdido de nuevo su salvación. Pero este es el efecto que digo, que la fe por sí

misma lo salvó, y que las obras por sí mismas nunca justificaron a ningún hombre. Aquí has escuchado la mente de San Crisóstomo, por lo que puedes percibir que ni la fe es sin obras (teniendo oportunidad para ello) ni las obras pueden ayudar a la vida eterna, sin la fe.

LA SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN DE LAS BUENAS OBRAS.

De las tres cosas que en el sermón anterior se destacaron especialmente de la fe genuina, se os declaran dos.

Cuáles son las obras que surgen de la fe. La primera fue que la fe nunca es ociosa, sin buenas obras cuando la ocasión lo amerita. La segunda, que las buenas obras, aceptables a Dios, no pueden hacerse sin fe. Ahora pasemos a la tercera parte, es decir, qué tipo de obras son las que surgen de la verdadera fe, y llevan a los hombres fieles a la vida eterna. Esto no puede ser conocido tan bien como por nuestro Salvador Cristo mismo, quien fue cuestionado por un gran hombre con esta misma pregunta: ¿Qué obras debo hacer (dijo un príncipe) para obtener a la vida eterna? A lo que Jesús respondió: Si quieres llegar a la vida eterna, cumple los mandamientos (Mateo 19.16-17). Pero el príncipe, no satisfecho con esto, preguntó además: ¿Qué mandamientos? Los escribas y fariseos habían hecho tantas leyes y tradiciones propias para llevar a los hombres a la vida eterna, además de los mandamientos de Dios, que este hombre dudaba si debía llegar a la vida eterna por esas leyes y tradiciones o por la ley de Dios, y por eso le preguntó a Cristo a qué mandamientos se refería.

Las obras que conducen al cielo, son obras de los mandamientos de Dios. A lo que Cristo le respondió claramente, repitiendo los mandamientos de Dios, que dicen: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo (Mateo 19.18-19). Con estas palabras Cristo declaró que la ley de Dios es el camino que conduce a la vida eterna, y no las tradiciones y leyes de los hombres. De modo que esto debe tomarse como una verdadera lección enseñada por la propia boca de Cristo, de que las obras de los mandamientos morales de DIOS son las verdaderas obras de la fe, que conducen a la bendita vida futura. Pero la ceguera y la malicia del hombre, desde el principio, ha estado siempre dispuesta a caer de los mandamientos de Dios.

El hombre, desde su primera caída de los mandamientos de Dios, ha estado siempre dispuesto a hacer lo mismo, y hace obras de su propia fantasía para complacer a Dios con todo. Como Adán, el primer hombre, teniendo sólo una orden, que no comiera del fruto prohibido; no obstante la orden de Dios, dio crédito a la mujer, seducida por la sutil persuasión de la Serpiente, y así siguió su propia voluntad, y dejó la orden de Dios. Y desde entonces todos los que vinieron de él, han sido tan ciegos por el pecado original, que han estado siempre listos para caer de Dios y su ley, y para inventar un nuevo camino hacia la salvación por obras de su propia voluntad: Tanto es así que casi todo el mundo, abandonando el verdadero honor del único y eterno Dios, vagaba por sus propias fantasías, adorando a algunos al Sol, a la Luna, a las Estrellas, otros a Júpiter, a Juno, a Diana, a Saturno, a Apolo,

a Neptuno, a Ceres, a Baco y a otros hombres y mujeres muertos. Algunos, no satisfechos con esto, adoraban a diferentes tipos de bestias, pájaros, peces, animales marinos y serpientes, en cada país, ciudad y casa, y ponían imágenes de las cosas que querían y las adoraban. Tal fue la rudeza de la gente, después de que cayeron en sus propias fantasías, y dejaron al eterno Dios y sus mandamientos, al punto que crearon innumerables imágenes y dioses. En este error y ceguera permanecieron, hasta que Dios Todopoderoso, compadeciéndose de la ceguera del hombre, envió a su verdadero Profeta Moisés al mundo, para reprobado y reprender esta locura extrema, y para enseñar al pueblo a conocer al único Dios viviente y su verdadero honor y adoración. Pero la inclinación corrupta del hombre, estaba tan inclinada a seguir su propia fantasía, y (como dirías tú) para agradar su propia voluntad, complaciéndose a sí mismo, al extremo que todas las admoniciones, exhortaciones, beneficios y amenazas de DIOS, no pudieron mantenerlo alejado de tales invenciones.

Las maquinaciones e idolatrías de los israelitas. Porque a pesar de todos los beneficios que Dios había mostrado al pueblo de Israel, cuando Moisés fue al monte a hablar con el Dios Todopoderoso, no había permanecido allí más que unos pocos días, cuando el pueblo comenzó a inventar nuevos dioses. Y cuando les vino a la cabeza, hicieron un becerro de oro, se arrodillaron y le adoraron (Éxodo 32.1-6). Y después de eso, siguieron a los moabitas, y adoraron a Beelfegor el Dios de los moabitas. Leed el libro de los Jueces, el libro de los Reyes y el de los Profetas, y allí veréis cuán firme era el pueblo, cuán lleno de invenciones y más dispuesto a seguir sus propias fantasías que los santísimos mandamientos de Dios. Allí verás a Baal, Moloc, Chamos, Melchom, Baalpeor, Astarot, Bell, el Dragón, Priapo, la Serpiente de bronce, los ídolos del cielo, y muchas otras imágenes a las que el pueblo peregrinaba con gran devoción, adornándoles y sensibilizándolas, arrodillándose y ofrendándoles, pensando que era un gran mérito ante Dios, siendo que en aquel tiempo Dios no ordenó que se hicieran sacrificios sino en Jerusalén, ellos hicieron todo lo contrario, haciendo altares y sacrificios en todas partes, en colinas, en bosques y en casas, sin tener en cuenta los mandatos de Dios, sino estimando que sus propias fantasías y devociones eran mejores que ellos. Y este error se extendió tanto, que no sólo el pueblo inculto, sino también los sacerdotes y los maestros del pueblo, en parte por la búsqueda de gloria y la reverencias se corrompieron, y en parte por la ignorancia se engañaron ciegamente con las mismas abominaciones. Tanto es así, que el rey Acab, teniendo sólo a Elías como verdadero maestro y ministro de Dios, prefirió escuchar a los ochocientos cincuenta sacerdotes que lo persuadieron a honrar a Baal, y a hacer sacrificios en los bosques o arboledas. Y así continuó ese horrible error, hasta que los tres nobles reyes, Josafat, Ezequías y Josías, ministros elegidos por Dios, lo destruyeron claramente, y volvieron a sacar al pueblo de sus falsas creencias, dirigiéndolos a los propios mandatos de Dios: por lo cual su recompensa y gloria inmortal, permanece y permanecerá con Dios para siempre.

Religiones y sectas entre los judíos. Y además de las invenciones mencionadas, la inclinación del hombre a tener sus propias devociones santas, derivó en nuevas sectas y religiones, llamadas fariseos, saduceos y escribas, con muchas tradiciones

y ordenanzas santas y piadosas (como parecía por la apariencia externa y el buen brillo de las obras), pero en realidad todo tendía a la idolatría, la superstición y la hipocresía: sus corazones estaban llenos de malicia, orgullo, codicia y toda maldad. Contra estas sectas, y su pretendida santidad, Cristo clamó con más vehemencia que contra cualquier otra persona, diciendo y repitiendo a menudo estas palabras: "Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, porque limpiáis el vaso por fuera, pero por dentro estáis llenos de podredumbre y suciedad: tú, fariseo ciego e hipócrita, limpia primero lo de dentro" (Mateo 23.25-26). Porque a pesar de todas las buenas tradiciones y demostraciones externas de buenas obras, creadas por su propia imaginación, por las que parecían al mundo los más religiosos y santos de todos los hombres, Cristo (que vio sus corazones) sabía que por dentro eran, a los ojos de Dios, los más viles, los más abominables y los más alejados de Dios de todos los hombres. Por eso les dijo: Hipócritas, el profeta Isaías habló con toda verdad de vosotros, cuando dijo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Me adoran en vano, enseñando doctrinas y mandatos de hombres; porque vosotros dejáis los mandatos de Dios, para guardar vuestras propias tradiciones (Mateo 15.7-9, Isaías 29.13-14).

Las leyes de los hombres deben ser observadas y guardadas, pero no como las leyes de Dios. Y aunque Cristo dijo: "Adoran a Dios en vano, los que enseñan doctrinas y mandamientos de los hombres", no quiso decir con ello que rechazara todos los mandamientos de los hombres, pues él mismo fue siempre obediente a los príncipes y a sus leyes, hechas para el buen orden y el mantenimiento del pueblo, pero reprochó las leyes y las tradiciones hechas por los escribas y los fariseos: las cuales no fueron hechas solamente para el buen orden del pueblo, (como lo fueron las leyes Civiles) sino que fueron puestas tan en alto, que las crearon con la pretensión de ser correctas y puras para la adoración a DIOS, como si hubieran sido iguales a las propias Leyes de DIOS, o cercanas a ellas: porque muchas de las Leyes de Dios no pudieron ser guardadas, no obstante, pretendieron darle un lugar a sus leyes entre las del Señor. DIOS detesta la arrogancia del hombre que se manifiesta en la adaptación de sus leyes para igualarlas a las de ÉL, en las que se encuentra el verdadero honor y el correcto culto a DIOS, y que hacen que sus leyes sean abandonadas. Dios ha designado sus leyes, por las que se debe honrar su voluntad. Su voluntad es también que todas las leyes humanas, que no sean contrarias a sus leyes, sean obedecidas y guardadas, como buenas y necesarias para todo hombre común, pero no como cosas en las que descansa principalmente su honor: y todas las leyes civiles y humanas son, o deben ser hechas, para llevar a los hombres a guardar mejor las leyes de Dios, para que resulte como consecuencia que Dios sea mejor honrado por ellas.

Las tradiciones sagradas eran consideradas como las leyes de Dios. Sin embargo, los escribas y los fariseos no se conformaban con que sus leyes no fuesen más estimadas que otras leyes positivas y civiles, ni querían que fuesen llamadas con el nombre de otras leyes temporales, sino que las llamaban tradiciones santas y piadosas, y querían que fuesen estimadas no sólo para un culto correcto y verdadero a Dios (como lo son las leyes de Dios en la práctica), sino también para el más alto honor de Dios, al que los mandatos de Dios debían dar lugar.

Santificar las leyes de los hombres, es comúnmente ocasión para que Dios sea ofendido. Y por esta razón Cristo habló tan vehementemente contra ellos, diciendo: Vuestras tradiciones, que los hombres estiman tan elevadas, son abominación ante DIOS. Porque comúnmente de tales tradiciones se sigue la transgresión o el quebrantamiento de los mandamientos de DIOS, y una mayor devoción en guardar tales cosas, y una mayor conciencia en quebrantarlas, esto por encima de los mandamientos de DIOS. Como los escribas y los fariseos guardaban el sábado de manera tan supersticiosa y escrupulosa, que se ofendían con Cristo porque sanaba a los enfermos, y con sus apóstoles porque, teniendo mucha hambre, recogían las espigas de trigo para comer ese día, y porque sus discípulos no se lavaban las manos tan a menudo como lo exigían las tradiciones, los escribas y los fariseos riñeron con Cristo, diciendo: ¿Por qué tus discípulos infringen las tradiciones de los Señores (Mateo 12.1-14)? Pero Cristo les acusó de que, por mantener sus propias tradiciones, enseñaban a los hombres a infringir los mismos mandamientos de Dios (Mateo 15.2). Porque enseñaron al pueblo tal desobediencia, que ofrecieron sus bienes en la casa del tesoro del Templo, bajo el pretexto del honor de DIOS, dejando a sus padres y madres (a quienes estaban principalmente obligados) abandonados, y así rompieron los mandamientos de DIOS, para mantener sus propias tradiciones. Estimaban más una ofrenda si era hecha en oro o una oblación en el Templo, que otra hecha en el nombre de Dios mismo, o para el Templo. Eran más cuidadosos en pagar sus diezmos de las cosas pequeñas, que en hacer las cosas más grandes ordenadas por Dios, como las obras de misericordia, o hacer justicia, o tratar sincera, correcta y fielmente a Dios y a los hombres. Estas (dice Cristo) deben hacerse, y las otras no deben dejarse de hacer. En resumen, eran tan ciegos que tropezaban con una paja y se saltaban un bloque. Por así decirlo, colaban el mosquito y se tragaban el camello (Mateo 23.16-24). Y por eso Cristo los llamó guías ciegos, advirtiendo a sus discípulos de vez en cuando que evitaran su doctrina. Porque aunque al mundo le parecían los hombres más perfectos, tanto en la vida como en la enseñanza, su vida no era más que hipocresía, y su doctrina estaba mezclada con la superstición, la idolatría y el juicio extraviado, poniendo las tradiciones y las ordenanzas de los hombres, en el lugar de los mandamientos de Dios.

TERCERA PARTE DEL SERMÓN DE LAS BUENAS OBRAS.

Para que todos los hombres puedan juzgar correctamente las buenas obras, se ha declarado en la segunda parte de este Sermón, qué clase de buenas obras son las que DIOS quiere que su pueblo realice, es decir, las que él ha ordenado en su santa Escritura, y no las que los hombres han producido por su propia cuenta, por un celo y una devoción ciegos, sin la palabra de DIOS: Y al confundir la naturaleza de las buenas obras, el hombre ha desagradado mucho a DIOS, y se ha alejado de su voluntad y sus mandatos. De modo que habéis oído cómo el mundo, desde el principio hasta el tiempo de Cristo, ha estado siempre dispuesto a abandonar los mandatos de Dios y a buscar otros medios para honrarlo y servirlo, según una desviación encontrada en sus propias cabezas: y como ellos establecieron sus

propias tradiciones, como altas o sobre los mandamientos de DIOS, lo cual ha sucedido también en nuestros tiempos (lo que es muy lamentable) no menos que entre los judíos, y eso por la corrupción, o al menos por la negligencia de aquellos que principalmente deberían haber preservado la pura y saludable doctrina dejada por Cristo. ¿Qué hombre que tenga algún juicio o conocimiento, unido a un verdadero celo hacia Dios, no ve y lamenta que se haya introducido en la religión de Cristo tal falsa doctrina, superstición, idolatría, hipocresía, y otras deformidades y abusos, de tal manera que poco a poco, a través de su lectura, el dulce pan de la Santa Palabra de Dios ha sido obstaculizado y apartado?

Las sectas y la religión entre los hombres cristianos. Nunca los judíos, en su mayor ceguera, peregrinaron tanto a las imágenes, ni se arrodillaron, besaron y sintieron tanto como en nuestro tiempo. Las sectas y las religiones fingidas no eran ni la cuadragésima parte de las que había entre los judíos, ni se abusaba de ellas más supersticiosamente e impíamente que en los últimos tiempos entre nosotros. Las cuales sectas y religiones, tenían tantas obras hipócritas y fingidas en su estado de religión (como ellos arrogantemente lo llamaban) que sus lámparas (como ellos decían) corrían siempre, capaces de satisfacer, no sólo por sus propios pecados, sino también por todos los de sus benefactores, hermanos y hermanas de religión, como muy impía y astutamente habían persuadido a la multitud de gente ignorante: manteniendo en diversos lugares (por así decirlo) mercados o mercadillos de méritos, estando llenos de sus sagradas reliquias, imágenes, santuarios y obras de abundancia desbordante listas para ser vendidas. Y todas las cosas que tenían se llamaban santas, capuchas santas, fajas santas, perdigones santos, escapularios, zapatillas santas, reglas santas, y todo lleno de santidad. ¿Y qué cosa puede ser más insensata, más supersticiosa, o más impía, que el hecho de que los hombres, las mujeres y los niños lleven una túnica de fraile para librarse de las enfermedades o de la peste, o que cuando mueren o son enterrados, se les eche encima, con la esperanza de que se salven? Esta superstición, aunque (gracias a Dios) ha sido poco usada en este Reino, sin embargo, en muchos otros Reinos, ha sido practicada, y aún es practicada entre muchos, tanto doctos como ignorantes. Pero para dejar de lado las innumerables supersticiones extrañas que se han dado en la ropa, en el silencio, en el dormitorio, en el claustro, en el capítulo, en la elección de las comidas y las bebidas, y en cosas similares, consideremos las deformidades y los abusos que se han dado en los tres puntos principales, a los que llamaron los tres elementos esenciales, o los tres fundamentos principales de la religión, es decir, la obediencia, la castidad y la pobreza voluntaria.

Los tres votos principales de la religión. En primer lugar, bajo el pretexto o el matiz de la obediencia a su Padre en la religión (obediencia que ellos mismos hicieron) fueron liberados por su regla y sus Cánones, de la obediencia de su padre y madre naturales, y de la obediencia del Emperador y del Rey, y de todo poder temporal, a quienes por las leyes de DIOS estaban obligados a obedecer. Y así, la profesión de

su obediencia no debida, fue un abandono de su obediencia debida. Y en cuanto a la manera en que su profesión de castidad fue mantenida, es más honesto pasar en silencio, y dejar que el mundo juzgue de lo que es bien conocido, en lugar de que con palabras castas, expresando su vida casta, evitar ofender a los ojos castos y piadosos. Y en cuanto a su voluntariosa propiedad, era tal, que cuando en posesiones, joyas, platos y riquezas, eran iguales o casi iguales a los comerciantes, caballeros, Barones, Reyes y Duques; sin embargo, por este término sutilmente sofisticado, Proprium in commune, es decir, Propio en común, se burlaban del mundo, persuadiendo, que a pesar de todas sus posesiones y riquezas, aún mantenían su voto, y estaban en voluntariosa propiedad. Pero a pesar de todas sus riquezas, no podían ayudar a su padre ni a su madre, ni a otros que estuvieran muy necesitados y pobres, sin la licencia de su padre Abad, Prior o Guardián, y sin embargo podían tomar de cada hombre, pero no podían dar nada a nadie, no a aquellos a quienes la ley de Dios les obligaba a ayudar. Y así, a través de sus tradiciones y reglas, la ley de Dios no podía regir con ellos. Y por lo tanto, se puede decir de ellos lo que Cristo dijo a los fariseos: Violáis los mandamientos de Dios con vuestras tradiciones; honráis a Dios con vuestros labios, pero vuestros corazones están lejos de él (Mateo 15.3, 8). Y mientras más oraciones hacían de día y de noche, bajo el pretexto o el matiz de tal santidad, para conseguir el favor de las viudas y de otras personas sencillas, para poder cantar coros religiosos y servir a sus maridos y amigos, y admitirlos o recibirlos en sus oraciones: Cuanto más cierto se verifica en ellos el dicho de Cristo: "Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, porque destruíis las casas de las viudas, bajo la apariencia de largas oraciones, por lo que vuestra condenación será mayor" (Mateo 23. 14-15). Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque vais por mar y por tierra para hacer nuevos prosélitos y nuevos hermanos, y cuando los dejáis entrar o los recibís de vuestra secta, los hacéis hijos del infierno, peores que vosotros mismos. El honor es para DIOS, que puso luz en el corazón de su fiel y verdadero ministro, del famosísimo rey Enrique VIII, y le dio el conocimiento de su palabra, y un ferviente afecto para ver su gloria, y para apartar a todos esos supersticiosos, y fariseos inculcados por el Anticristo, y que se oponen a la verdadera palabra de Dios, y a la gloria de su muy bendito nombre, así como le dio el mismo espíritu a los más nobles y famosos Príncipes, Josafat, Josías, y Ezequías. Que Dios conceda a todos los fieles y verdaderos súbditos del Rey, que se alimenten del dulce y sabroso pan de la palabra de Dios, y (como Cristo lo ordenó) que eviten todo el lenguaje farisaico y papista de la religión contaminada por el hombre. Lo cual, es ante DIOS lo más abominable y contrario a sus mandatos y a la religión pura de Cristo, sin embargo, se idealizó como siendo una vida muy piadosa y el más alto estado de perfección: como si un hombre pudiera ser más piadoso y más perfecto guardando las reglas, tradiciones y profesiones de los hombres, que guardando los santos mandatos de DIOS.

Otras costumbres y supersticiones. Y brevemente para pasar de la religión impía y contraria, repasemos algunos otros tipos de supersticiones y abusos papistas, como

las cuentas, de los Salterios y Rosarios, de las fiestas de quincuagésimas, de los versos de San Bernardo, de las cartas de Santa Ágata, del Purgatorio, de las Misas satisfactorias, de las Estaciones y de los Jubileos, de las Reliquias santificadas, de las Campanas, del Pan, del Agua, de los Salmos, de los Candelabros, del Fuego, y otros: de ayunos supersticiosos, de cofradías o hermandades, de perdones, con tales mercancías semejantes, que fueron tan estimadas y abusadas en perjuicio de la gloria de Dios y de sus mandamientos, que fueron hechas cosas altísimas y santísimas, por las cuales se ataba a la vida eterna, o a la remisión de los pecados:

Decretos y competencias. Además, las invenciones, las ceremonias infructíferas y las leyes, los decretos y los consejos piadosos de Roma estaban tan bien adaptados que no se consideraba que hubiera nada comparable a ellos en cuanto a autoridad, sabiduría, conocimiento y divinidad. De modo que las leyes de Roma, (como ellos decían) debían ser recibidas por todos los hombres, como los cuatro evangelistas, a los que todas las leyes de los príncipes debían dar lugar. Y las leyes de Dios también se dejaron de lado, y se estimaron menos, para que dichas leyes, decretos y consejos, con sus tradiciones y ceremonias, se guardaran más debidamente, y se tuvieran en mayor consideración. Así, el pueblo, por ignorancia, se cegó de tal manera con la apariencia y el aspecto piadoso de esas cosas, que pensó que guardarlas era más santo, un servicio y una honra más perfectos para DIOS, y más agradable a DIOS, que guardar los mandamientos de Dios. Tal ha sido la inclinación corrupta del hombre, que supersticiosamente ha hecho de su propia cabeza una nueva honra a Dios, y luego ha tenido más afecto y devoción por cumplirla, que por buscar los santos mandamientos de Dios y guardarlos. Y además, tomar los mandatos de Dios por mandatos de los hombres, y los mandatos de los hombres por mandatos de Dios, sí, e incluso, al límite de tomarlos por más altos, perfectos y santos que todos los mandatos de Dios. Y todo se confundió de tal manera, que apenas los hombres bien instruidos, y sólo un pequeño número de ellos, sabían, o al menos querían saber, y se atrevían a afirmar la verdad, para separar o discernir los mandatos de Dios de los mandatos de los hombres. Con lo cual creció mucho el error, la superstición, la idolatría, la religión vana, el juicio ajeno, la gran contienda, con toda mentira viciosa.

Una exhortación a la observancia de los mandamientos de Dios. Por lo tanto, si tienen algún interés en honrar a Dios de manera correcta y pura, si tienen alguna consideración por sus propias almas y por la vida que ha de venir, la cual es sin carga y sin esfuerzo, aplícate dentro de todas las cosas principalmente a la lectura y escucha de la palabra de Dios, observa diligentemente lo que de acuerdo a su voluntad se debe hacer, y con todo tu esfuerzo aplícate a seguirla.

Un breve ensayo de los mandamientos de Dios. En primer lugar, debéis tener una fe segura en Dios, y entregaros a él por completo, amándole en la prosperidad y en la adversidad, y temer ofenderle aún más. Entonces, por su causa, amad a todos

los hombres, amigos y enemigos, porque son su creación e imagen, y redimidos por Cristo, como vosotros. Pensad en cómo podéis hacer el bien a todos los hombres, según vuestras facultades, sin perjudicar a nadie. Obedeced a todos vuestros superiores y gobernantes, servid fiel y diligentemente a vuestros Maestros, tanto en su ausencia como en su presencia, no sólo por temor al castigo, sino por conciencia, sabiendo que estáis obligados a hacerlo así por los Mandatos de Dios. No desobedezcáis a vuestros Padres y Madres, sino honradlos, ayudadlos y complacedlos en todo cuanto podáis. No os opongáis, no matéis, no os maltratéis ni odiéis a nadie, sino que amad a todos los hombres, hablad bien de todos los hombres, ayudad y socorred a todos los hombres que podáis, incluso a vuestros enemigos que os odian, que hablan mal de vosotros y que os hacen daño. No toméis los bienes de nadie, ni os apropiéis de los bienes de vuestros vecinos injustamente, sino contentaos con lo que obtengáis de verdad, y también repartid vuestros propios bienes caritativamente, según la necesidad y el caso. Huye de toda idolatría, brujería y perjurio, no cometas ninguna forma de adulterio, fornicación u otra perversión, ni en la voluntad ni en el acto, con la esposa, la viuda o la prometida de otro hombre, o en cualquier otra forma. Y si continuamente (durante esta vida) guardas los mandamientos de Dios (en los que se encuentra el honor puro, principal y correcto de Dios, y que Dios ha ordenado que sean nuestro oficio y la trayectoria del camino hacia el cielo) no fallarás, como Cristo ha prometido, para llegar a esa vida bendita y eterna, en la que vivirás en la gloria y la felicidad con Dios por siempre: a quien sea la alabanza, el honor y el imperio, por siempre. Amén.